

Primo Levi
Leonardo De Benedetti

Así fue Auschwitz
Testimonios 1945-1986



Índice

PORTADA	
NOTA DE LOS EDITORES	
ASÍ FUE AUSCHWITZ	
INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN PARA JUDÍOS DE MONOWITZ	
RELACIÓN DEL LICENCIADO PRIMO LEVI, N.º DE REGISTRO 174517, SUPERVIVIENTE DE MONOWITZ-BUNA	
DECLARACIÓN	
DECLARACIÓN ACERCA DE MONOWITZ	
TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO HÖSS. 1947	
LEONARDO DE BENEDETTI. TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO HÖSS. 1947	
TESTIMONIO DE UN COMPAÑERO DE PRISIÓN	
ANIVERSARIO	
DENUNCIA CONTRA EL DOCTOR JOSEPH MENGELE	
CARTA A LA HIJA DE UN FASCISTA QUE PREGUNTA POR LA VERDAD	
MILAGRO EN TURÍN	
LA ÉPOCA DE LAS ESVÁSTICAS	
DECLARACIÓN PARA EL PROCESO EICHMANN	
TESTIMONIO PARA EICHMANN	
DEPORTACIÓN Y EXTERMINIO DE LOS JUDÍOS	
DECLARACIÓN PARA EL PROCESO BOSSHAMMER	
LA DEPORTACIÓN DE LOS JUDÍOS	
LEONARDO DE BENEDETTI. CUESTIONARIO PARA EL PROCESO BOSSHAMMER. 1970	
CUESTIONARIO PARA EL PROCESO BOSSHAMMER. 1970	
TESTIFICACIÓN PARA EL PROCESO BOSSHAMMER	
LA EUROPA DE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN	
ASÍ FUE AUSCHWITZ	
DEPORTADOS POLÍTICOS	

BORRADOR DE UN TEXTO PARA EL INTERIOR DEL
BLOQUE ITALIANO DE AUSCHWITZ
UN COMITÉ SECRETO DE DEFENSA EN AUSCHWITZ
AQUEL TREN HACIA AUSCHWITZ
RECUERDO DE UN HOMBRE BUENO
A NUESTRA GENERACIÓN...
APÉNDICE
EL TREN HACIA AUSCHWITZ
UN TESTIGO Y LA VERDAD
DOCUMENTOS
DOCUMENTACIÓN FOTOGRÁFICA
INFORMACIÓN SOBRE LOS TEXTOS
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

NOTA DE LOS EDITORES

Como bien saben los lectores de Primo Levi, el capítulo inicial de *Los hundidos y los salvados* comienza con la frase «La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz». Resulta lógico que su atención se concentre en el adjetivo «falaz», donde se compendian la perspicacia y la honestidad de un escritor que denuncia desde un principio los límites de todo testimonio, empezando por el suyo propio. Al poner negro sobre blanco los documentos recopilados en este libro, en cambio, hemos querido dar a esos dos adjetivos, «maravilloso» y «falaz», un peso diferente a lo habitual; será oportuno explicar de qué manera.

Así fue Auschwitz se abre con el texto del *Informe sobre la organización higiénico-sanitaria* del campo de concentración de Monowitz (Auschwitz III), que el médico-cirujano Leonardo De Benedetti y el licenciado en química Primo Levi redactaron en Katowice durante la primavera de 1945, a petición del comando ruso de aquel campo para exprisioneros; al año siguiente, el texto fue publicado, en italiano y en una versión más larga, en la revista turinesa *Minerva Medica*. A ese temprano testimonio le sigue, en orden cronológico, un grupo de textos de muy diferentes clases y orígenes que abarcan un periodo de cuarenta y un años, 1945-1986: artículos publicados en periódicos y revistas, discursos pronunciados en público, testificaciones prestadas con ocasión de juicios contra criminales nazis (aquí la voz de Leonardo vuelve al lado de la de su amigo), textos oficiales encargados a Levi como la figura más reputada entre los supervivientes de los campos. La mayor parte de los textos fue redactada personalmente por Primo Levi, que pudo asimismo supervisar su publicación. Por el contrario, de sus testimonios procesuales poseemos en muchos casos una transcripción realizada por terceros y no sometida a su control. Por último, algunos escritos (como podrá verse en «Información sobre los textos») tuvieron un camino tortuoso.

Un situación tan variopinta conlleva dos consecuencias: 1) resulta siempre reconocible, en el curso de los años, la voz de Levi, y del mismo modo va cobrando forma a lo largo del tiempo y consolidándose con coherencia, con ángulos visuales siempre nuevos, el marco de su relato; 2) una serie de mínimas deformidades —vacilaciones ortográficas, errores materiales, despistes de memoria que pueden afectar a nombres, números, fechas, topónimos— se encuentran diseminadas en algunos de estos escritos, más a menudo, como es natural, en los de origen oral o los que han pasado por manos de intermediarios, pese a la meticulosidad de estos últimos. En el presente volumen, excepto por rectificar los *lapsus calami* más triviales y las erratas evidentes, hemos optado por reproducir los textos tal como están, indicando las posibles incongruencias en el apéndice, donde se reconstruyen los avatares de cada texto y se aclaran algunas alusiones; el mismo razonamiento vale, como es obvio, para los textos de Leonardo De Benedetti que hemos considerado necesario incluir. Esta fidelidad a los documentos nos ha parecido la mejor forma de poner a disposición de los lectores, al menos en parte, su granulosidad material y la huella de la época desde la que llegan hasta nosotros.

Pero esta elección está dictada también por otro criterio, solidario con la preocupación manifestada por Levi en los últimos años de su vida frente a posibles usos instrumentales de tropiezos mínimos o de lagunas en los testimonios de los supervivientes: criterio que no es otro que el respeto por la verdad. Ello nos ha impuesto el observar la máxima fidelidad filológica en la edición de los textos y una completa transparencia historiográfica en la reconstrucción de su génesis. El mismo principio nos ha sugerido, por otro lado, no dedicar menos atención al esfuerzo que prodigó Levi para restituir, incluso al cabo de muchos años, una realidad difícilísima de describir en cualquier caso; un esfuerzo gracias al cual el propio descubrimiento de esos descuidos —nos gustaría hacer hincapié en ello— acaba por dar relieve aún con mayor consistencia y solidez al cuadro que a lo largo de más de cuarenta años nos ha sido ofrecido.

El esfuerzo constante por corregir también eventuales errores propios, vistiendo a menudo el hábito del investigador más que el de mero testigo —como en el extraordinario *Informe* de 1945, dedicado a los compañeros que participaron en la letal marcha de evacuación desde Auschwitz—, permitió a Primo Levi, por lo tanto, conquistar

verdades cada vez más nítidas. Pero eso no es todo; este libro en particular, por el sesgo de los textos que lo componen, ofrece a sus lectores otra importante oportunidad: la de darles indicaciones para establecer el peso respectivo que, al hablar de la memoria, puede atribuirse a adjetivos tan irreconciliables en apariencia como los propuestos en *Los hundidos y los salvados*, «maravillosa» y «falaz».

F. L. – D. S.

ASÍ FUE AUSCHWITZ

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN HIGIÉNICO-SANITARIA DEL CAMPO DE CON- CENTRACIÓN PARA JUDÍOS DE MONOWITZ (AUSCHWITZ – ALTA SILESIA)

A través de documentos fotográficos y de los ya numerosos testimonios proporcionados por exreclusos en los distintos campos de concentración creados por los alemanes para el aniquilamiento de los judíos de Europa, es probable que no haya nadie que desconozca a estas alturas lo que fueron esos lugares de exterminio y las atrocidades que se perpetraron allí. Sin embargo, con el fin de dar a conocer mejor los horrores, de los que nosotros también fuimos testigos y frecuentemente víctimas durante el periodo de un año, creemos conveniente hacer pública en Italia una relación, que presentamos al Gobierno de la URSS, a petición del comando ruso del campo de concentración de Katowice para exprisioneros italianos. En aquel campo estuvimos albergados nosotros también, tras nuestra liberación por parte del Ejército Rojo hacia finales de enero de 1945. Añadimos aquí, a esa relación, algunos datos de carácter general, ya que nuestro informe de entonces debía ceñirse exclusivamente al funcionamiento de los servicios sanitarios del campo de Monowitz. Informes similares fueron requeridos por el Gobierno de Moscú a todos aquellos médicos de distintas nacionalidades, que, procedentes de otros campos, habían sido asimismo liberados.

* * *

Partimos del campo de concentración de Fossoli di Carpi (Módena) el 22 de febrero de 1944 con un convoy de seiscientos cincuenta judíos de ambos sexos y de todas las edades. El mayor sobrepasaba los ochenta años, el más joven era un lactante de tres meses. Muchos estaban enfermos, y algunos de forma grave: un anciano de setenta años, que había sufrido una hemorragia cerebral pocos días antes de la salida, fue obligado a montar de todas formas en el tren y murió durante el viaje.

El tren estaba compuesto exclusivamente por vagones de ganado, que se cerraban desde el exterior; en cada vagón se hacinaban más de cincuenta personas, la mayoría de las cuales habían traído consigo cuantas maletas les había sido posible cargar, porque un subteniente alemán, destinado al campo de Fossoli, nos había sugerido, con el aire de quien da un consejo desinteresado y afectuoso, que nos procuráramos muchas prendas de vestir gruesas —jerseys, mantas, abrigos de piel— porque nos iban a llevar a países de clima más rígido que el nuestro. Y había añadido, con una sonrisilla benévola y guiñando irónico un ojo, que si alguien disponía de dinero o joyas ocultas, lo mejor era que se lo llevara también, que allí nos sería de indudable utilidad. La mayoría de los desplazados cayeron en la trampa, siguiendo un consejo que escondía una vulgar trampa; otros, muy pocos, prefirieron confiar sus pertenencias a algunos civiles que tenían acceso libre al campo; otros, por último, que en el momento de su detención no habían tenido tiempo de proveerse de ropa de repuesto, partieron únicamente con la ropa que llevaban encima.

El viaje desde Fossoli a Auschwitz duró exactamente cuatro días; y fue muy penoso, sobre todo a causa del frío; este era tan intenso, especialmente durante las horas nocturnas, que las tuberías metálicas que discurrían por el interior de los vagones aparecían por la mañana cubiertas de hielo, debido a la condensación del vapor de agua de nuestro aliento. Otro tormento era el de la sed, que no po-

díamos apagar más que con la nieve recogida en la única parada diaria, cuando el convoy se detenía en campo abierto y a los viajeros se nos permitía bajar de los vagones, bajo la estrechísima vigilancia de numerosos soldados, listos, con sus subfusiles siempre apuntándonos, a disparar contra el primero que hiciera ademán de alejarse del tren.

Durante esas breves paradas era cuando se procedía, vagón por vagón, a la distribución de los víveres: pan, mermelada y queso; nunca agua ni bebida alguna. Las posibilidades de dormir quedaban reducidas a lo mínimo, puesto que la cantidad de maletas y de fardos que nos estorbaban en el suelo no permitían a nadie colocarse en una posición cómoda o propicia para el descanso; cada viajero tenía que conformarse con permanecer acuclillado de la mejor manera posible en un espacio diminuto. El piso de los vagones estaba siempre mojado y nadie se había preocupado por recubrirlo siquiera con un poco de paja.

Nada más llegar el tren a Auschwitz (eran aproximadamente las 21 horas del 26 de febrero de 1944), los vagones fueron desalojados rápidamente por numerosos SS, armados con pistolas y provistos de porras; los viajeros se vieron obligados a amontonar maletas, hatillos y mantas junto al tren. La comitiva fue enseguida dividida en tres grupos: uno de hombres jóvenes y aparentemente válidos, del que formaban parte noventa y cinco personas; un segundo de mujeres, incluso jóvenes —grupo exiguo, compuesto tan solo de veintinueve personas—, y un tercero, el más numeroso de todos, con niños, inválidos y ancianos. Y, mientras los dos primeros se encaminaban por separado hacia diferentes campos, hay razones para creer que el tercero fue conducido directamente a las cámaras de gas de Birkenau y sus miembros asesinados esa misma noche.

El primer grupo fue llevado a Monowitz, donde se levantaba un campo de concentración dependiente administrativamente de Auschwitz, del que distaba unos ocho kilómetros, construido hacia mediados de 1942 con el fin de

suministrar mano de obra para la construcción del complejo industrial Buna-Werke, dependiente de IG Farbenindustrie. Albergaba de 10.000 a 12.000 prisioneros, por más que su capacidad normal no fuera más que de 7.000-8.000 hombres. La mayor parte de estos eran judíos de todas las nacionalidades de Europa, mientras que una exigua minoría estaba compuesta por criminales alemanes y polacos, así como «presos políticos» polacos y «saboteadores».

El complejo Buna-Werke, destinado a la producción a gran escala de caucho sintético, de gasolina sintética, de colorante y otros subproductos del carbón, ocupaba un área rectangular de alrededor de 35 kilómetros cuadrados. Una de las entradas a esta zona industrial, toda ella circundada por una elevada valla de alambre de espino, se hallaba a pocos centenares de metros del campo de concentración de los judíos, mientras que, a poca distancia de este y pegado a las lindes de la zona industrial, se levantaba un campo de concentración para prisioneros de guerra británicos y, más distantes, había otros campos para trabajadores civiles de diferentes nacionalidades. Añádase, dicho sea de paso, que el ciclo de producción de la Buna-Werke no llegó a iniciarse nunca: la fecha de apertura, fijada en un principio para agosto de 1944, fue posponiéndose gradualmente a causa de los bombardeos aéreos y de los sabotajes de los obreros civiles polacos, hasta la evacuación del territorio por parte del ejército alemán.

Monowitz, por lo tanto, era un típico Arbeitslager: cada mañana, toda la población del campo —excepto los enfermos y el escaso personal asignado al trabajo interno— desfilaba, alineada en perfecto orden, al compás de una banda que tocaba marchas militares y alegres cancioncillas, para dirigirse a sus lugares de trabajo, que en el caso de algunas cuadrillas distaban hasta seis o siete kilómetros: el camino se recorría a paso ligero, casi a la carrera. Todos los días, antes de la salida hacia el trabajo y después del regreso de este, se llevaba a cabo la ceremonia del pase de lista en

una plaza del campo, donde todos los prisioneros tenían que permanecer rígidamente formados entre una y tres horas, hiciera el tiempo que hiciera.

Nada más llegar al campo, el grupo de noventa y cinco hombres fue conducido al pabellón de desinfecciones, donde todos sus componentes fueron obligados raudamente a desnudarse y sometidos después a una completa y minuciosa depilación: el pelo, la barba y cualquier otro vello cayeron rápidamente bajo la acción de tijeras, navajas y maquinillas. A continuación fueron introducidos en la cámara de las duchas y encerrados allí hasta la mañana siguiente. Cansados, hambrientos, sedientos, adormilados, estupefactos por lo que ya habían visto e inquietos por su inmediato futuro, pero especialmente preocupados por la suerte de sus seres queridos, de los que habían sido separados repentina y brutalmente unas horas antes, con el alma atormentada por oscuros y trágicos presentimientos, tuvieron que pasar toda la noche de pie, con las extremidades metidas en el agua que, goteando desde las tuberías, corría por el suelo. Finalmente, a eso de las seis de la mañana siguiente, fueron sometidos a una friega general con una solución de lisol y después a una ducha de agua caliente; a continuación se les entregaron las vestimentas del campo, y para que se las pusieran se les condujo a otra gran sala, a la que tuvieron que acceder por fuera del pabellón, saliendo desnudos a la nieve y con el cuerpo todavía húmedo por la reciente ducha.

El equipamiento de los prisioneros de Monowitz en la temporada invernal estaba compuesto por una chaqueta, un par de pantalones, un gorro y un abrigo de paño a rayas; una camisa, un par de calzoncillos de tela y un par de trapos para los pies; un jersey y un par de botas con suela de madera. Era evidente que muchos de los trapos para los pies y de los calzoncillos habían sido confeccionados con algún *taled* —el manto sagrado con el que los judíos acos-

tumbran a taparse durante las oraciones— hallado en las maletas de algunos deportados y utilizado de tal guisa en señal de desprecio.

Ya en abril, cuando el frío, aunque algo mitigado, aún no había desaparecido, los indumentos de paño y los jerseys eran retirados y los pantalones y las chaquetas reemplazados por prendas similares de tela, a rayas también; y solo hacia finales de octubre volvían a distribuirse las prendas invernales. Ello, sin embargo, dejó de ocurrir en el otoño del 44, porque las prendas y abrigos de paño habían alcanzado sus extremas posibilidades de ser reutilizados, de modo que los prisioneros tuvieron que afrontar el invierno 44-45 con ropas de tela, igual que durante los meses de verano; solo una exigua minoría recibió algunas ligeros impermeables de gabardina o un jersey.

Estaba severamente prohibido poseer recambios de prendas o de ropa interior, de modo que resultaba prácticamente imposible lavar camisetas o pantalones: estas prendas eran cambiadas imperativamente a intervalos de treinta, cuarenta o cincuenta días, según su disponibilidad y sin posibilidad de elección; la ropa interior nueva no estaba limpia, sino que simplemente había sido desinfectada mediante vapor, ya que no existía lavandería en el campo. Se trataba en su mayor parte de calzoncillos cortos de tela y de camisetas, también de tela o algodón, a menudo sin mangas, prendas de aspecto repugnante a causa de sus numerosas manchas de todo tipo, a menudo reducidas a harapos; a veces, en su lugar, algunos recibían la chaqueta o los pantalones de un pijama o incluso alguna pieza de ropa interior femenina. Las repetidas desinfecciones deterioraban los tejidos, eliminando su resistencia. Todo este material representaba la ropa de más baja calidad requisada a los componentes de los distintos convoyes que llegaban continuamente, como es sabido, al centro de Auschwitz procedentes de cualquier rincón de Europa. Abrigos, chaquetas y pantalones, tanto en verano como en invierno, eran distri-

buidos en un estado de conservación increíblemente malo, llenos de remiendos e impregnados de suciedad (barro, aceite de maquinaria, pintura). Los prisioneros estaban obligados a realizar personalmente las oportunas reparaciones, sin que esto significara que se les distribuyera hilo o agujas. Un cambio solo se obtenía con enormes dificultades y cuando todo intento de arreglo era manifiestamente imposible. Los trapos para los pies no se cambiaban en absoluto, y su renovación quedaba a iniciativa de cada individuo. Estaba prohibido poseer pañuelos o cualquier otro andrajo.

Las botas se fabricaban en un taller especial existente en el campo; las suelas de madera se clavaban a empellas de cuero o de imitación de cuero o de tela y goma procedentes del calzado de peor calidad sacado de los convoyes que llegaban. Cuando estaban en buenas condiciones, constituían una defensa aceptable contra el frío y la humedad, pero eran absolutamente inadecuadas para las marchas, aunque fueran cortas, y provocaban abrasiones en la piel de los pies. Podía considerarse afortunado aquel que entraba en posesión de unas botas del tamaño adecuado y emparejadas. Cuando se estropeaban, eran reparadas innumerables veces, más allá de todo límite razonable, de modo que rarísima vez se veían zapatos nuevos y los más comúnmente distribuidos no duraban más de una semana. No se entregaban cordones de zapatos, que cada individuo se encargaba de sustituir por cuerdecillas hechas con trozos de papel trenzados o cable eléctrico, cuando era posible encontrarlo.

El estado higiénico-sanitario del campo parecía a primera vista realmente bueno: los callejones y los paseos que separaban los diferentes «bloques» estaban bien cuidados y limpios, en la medida que lo permitía la superficie fangosa del firme; el exterior de los «bloques», de madera, estaba bien pintado y los suelos interiores se barrían y fregaban minuciosamente cada mañana, con las llamadas «literas» de tres pisos en perfecto orden y las mantas de los jergones